

FEDERICO FALCO

Los llanos

Finalista Premio Herralde de Novela



«En la ciudad se pierde la noción de las horas del día, del paso del tiempo. En el campo es imposible», empieza diciendo el narrador de esta historia, que a continuación va desgranando su día a día en una casa con una huerta donde se ha aislado de todo y de todos, tratando, acaso, de huir de sí mismo. El tiempo ahí casi se palpa, avanza sin premuras y permite sentir los detalles más minúsculos: los insectos, los ruidos, una hoja que cae, el olor de la tierra húmeda...

Esta historia empieza en enero, y se nos cuenta en capítulos que abarcan varios meses. El protagonista establece vínculos mínimos con personas del entorno rural en el que se ha autoexiliado, recuerda su infancia —aquel italiano veterano de alguna guerra que se ahorcó al confundir las luces del pueblo con fogonazos de cañones; aquellas historias que contaba la abuela, acaso reales, acaso sacadas de alguna película...—, evoca su llegada a la ciudad como estudiante, el interés por la estructura de las historias que contamos, el empeño en desentrañar el secreto de su funcionamiento; y evoca su relación con Ciro y su ruptura con él, que lo ha traído hasta ahí.

Esta novela sutil, elusiva y bellísima aborda el duelo de una ruptura, la soledad que activa todos los sentidos, la sabiduría secreta de los versos iluminadores de algunos poetas, la necesidad de contarnos historias... Este es un libro sobre el tiempo que pasa y sobre el llano en el que habita un hombre que cultiva una huerta y mira y recuerda y escribe.

Índice de contenido

Cubierta

Los llanos

Enero

Febrero

Marzo

Abril

Mayo

Junio

Julio

Agosto/Septiembre

Septiembre

Agradecimientos

Sobre el autor

El día 2 de noviembre de 2020, el jurado compuesto por Gonzalo Pontón Gijón, Gonzalo Queipo (de la librería Tipos infames), Marta Sanz, Juan Pablo Villalobos y la editora Silvia Sesé otorgó el 38.º Premio Herralde de Novela a *Cien noches*, de Luisgé Martín.

Resultó finalista *Los llanos*, de Federico Falco.

*Para Santi y Sole
Para Cande y Julita
Para Gonza
Para Manolo*

Fue como si
[...]
el paisaje tuviera una sintaxis
parecida a la de nuestro lenguaje
y mientras avanzaba una larga
frase se iba diciendo
a la derecha y otra a la izquierda
y pensé
Quizá el paisaje
también puede entender lo que yo digo.

RON PADGETT

ENERO

En la ciudad se pierde la noción de las horas del día, del paso del tiempo.

En el campo es imposible.

Los ruidos del atardecer, los pájaros mientras se acomodan en sus ramas, los gritos de las loras, el chillar de los chimanguitos, el batir de alas de las palomas. Después, de pronto, calma y silencio. Se oye orinar a una vaca, un chorro grueso que repiquetea en la tierra. Otra vaca muge, lejos. El llamado de un toro, más lejano todavía. Los ladridos de algunos perros. El cielo de una noche sin luna, sin estrellas. Es hora de irse adentro. La luz blanca del zumbido del fluorescente. Preparo la cena, me doy un baño. El agua borra el sudor del día, olor a jabón barato, a limpio. Por más que me esfuerce, debajo de las uñas quedan pequeños grumos de tierra negra. Leo sentado junto a la lámpara, los bichos zumban del otro lado del tejido mosquitero.

Sapos en la galería, algún pájaro que se remueve en su rama, un tero que grita.

Afuera todo es oscuro y sin formas. La luz es cálida y suave en la cocina. En la quietud, una sensación de protección, de refugio. El ronronear del motor de la heladera.

Refresca. El silencio en la madrugada es al mismo tiempo denso y cristalino. Nada se mueve, no hay viento. Es un silencio total. No se escuchan autos, ni torear a ningún perro. Lo único, a veces, es el golpear en la tierra de las pezuñas de alguna vaca, que se acomoda y cambia de pata el peso de su cuerpo.

Parece un bloque el silencio. Si hay algo que se mueve lo hace con sigilo, con tanta prudencia que es imposible escucharlo, reptar, se arrastra, escarba, cuida cada uno de sus movimientos.

Amanece. Los primeros son los pájaros, apenas la oscuridad se aclara un poco sobre el horizonte. Los gritos usuales, el embrollo que sube a medida que la luz se hace más naranja y más fuerte. Ni bien el sol ya está lo suficientemente alto como para que sus rayos se cuelen traslúcidos y parejos por entre las ramas de los árboles, aparecen las abejas. Zumban pesadas alrededor de las flores y el pasto. Las moscas, los moscardones. A medida que el calor aprieta, las vacas se azotan las ancas con la cola para espantarlas o hacen temblar el cuero.

La lucha con los insectos, con lo salvaje, con lo que viene de afuera: cosas que en la ciudad por lo general no pasan. Después de un tiempo, no queda otra salida más que rendirse: convivir con las moscas, con las chinches, con los tábanos, con las ranas que una y otra vez, siempre que pueden, se pegan a la puerta y se cuelan a la cocina.

Los viernes a la tarde, mis abuelos pasaban a buscarme a la salida de la escuela. Yo armaba el bolso. Tres pares de calzoncillos, tres pares de medias, las zapatillas viejas, una camiseta de dormir, dos o tres libros, un pantalón de jogging de repuesto, ropa para andar afuera, una muda para ir al pueblo.

Cuando era chico, y tenía siete, ocho, nueve, diez años, mi fin de semana empezaba los viernes a la tarde, en las últimas calles del pueblo, donde nacía el camino de Güero, un camino viejo, muy viejo. El viento y los años le habían ido comiendo el fondo hasta hacerlo profundo, una especie

de pasadizo entre dos paredones de tierra, el cauce de una trinchera antigua, ahondada en el terreno a fuerza de ires y venires, de recorridos, de trayectos: el desgaste que producen los cuerpos.

Era una F100 con cambios al volante y yo iba sentado al medio. La camioneta se hundía en el guadal espeso y, como en un túnel sin techo, avanzaba custodiada por las dos paredes de tierra. Desde arriba, desde la superficie, caían en cascada yuyos largos y secos sobre las paredes de las cunetas.

Avanzábamos en profundidad, la bolsa de las compras entre las piernas de mi abuela: pan, carne, azúcar, fideos. Solo una rendija de los ventiletes abierta, los vidrios de las ventanillas subidos hasta arriba, para que no entrara polvillo.

En el fondo del camino, la tierra muy suelta y muy fina, movediza, casi como un talco de color gris o marrón desvaído, mucho más claro que la arena, casi del color de la tiza o del hueso seco. Y las chalas de maíz que remolineaban en la cuneta, en las épocas de mucho viento, después de la trilla.

Más adelante, en una zona donde la tierra se volvía más dura, casi tosca, el camino subía hasta correr a la misma altura del alambrado. Entonces aparecía, de pronto, espectacular, la llanura: chata, lisa, los cascotes de un potrero en barbecho, las cañas de un maizal cortadas a veinte centímetros del suelo, una tropa de vacas con la cabeza baja, husmeando de cerca los granos perdidos entre la paja y la tierra.

Para entonces la luz ya se había ablandado y era de un naranja encendido. La radio sonaba bajita. A esa hora, casi siempre, un programa de tangos, en LV16, Radio Río Cuarto. En el campo de Rovetto, alzándose por sobre la línea

del horizonte, tres palmeras fénix gigantes, en medio de la tierra arada, en donde alguna vez había habido una casa de ladrillos que, poco a poco, iba desapareciendo a cada viaje, como si el viento la derrumbara lentamente, en silencio.

Al llegar al camino del ahorcado, lo alto del cielo se apagaba en un azul frío, y el abuelo encendía las luces de la camioneta. Los últimos rayos del sol teñían de naranja el chañar, a la orilla del camino, de donde se había colgado, hacía ya muchísimos años, un italiano trastornado por la guerra que se perdió una noche y creyó que las luces recién inauguradas del pueblo —lejos, apenas un resplandor blancuzco reflejándose en las nubes— eran fogonazos de cañones en un campo de batalla nuevo.

¿De qué guerra se habrá tratado? ¿Con qué guerra se habrá confundido? ¿La del 14? ¿La de Trípoli? ¿La de Etiopía?

Nadie recuerda cómo se llamaba ese italiano ni con qué guerra había confundido el reflejo de una vía blanca, de un alumbrado que no quería ser otra cosa más que progreso.

¿O es que en el pueblo era Año Nuevo y eran fuegos artificiales los que teñían la oscuridad del cielo?

Circulan varias versiones de la misma anécdota.

La belleza de tres palmeras fénix solas en medio de un potrero, golpeadas por el sol naranja del atardecer, como si fueran un póster del antiguo Egipto. Fuegos artificiales cada una de las copas. Una explosión extática. En cada hoja, las puntas verdes de una chispa expandiéndose, el núcleo amarillo limón cuando la palmera está recién florecida. De un naranja suave, cuando cuelgan ya maduros los dátiles en racimo.

El recuerdo de los faros de la camioneta iluminando el camino. La luz avanza a cada metro, come la oscuridad, a cada instante descubre una nueva huella en lo negro.

La textura de foto vieja del recuerdo. Colores lavados, ámbar, tungsteno, baquelita, loza celeste, el parpadear, el silencio subacuático de la imagen como si fuera en super-8, el murmullo de un proyector corriendo.

Una liebre muy quieta en medio del camino. El fondo de sus ojos refleja los faros y brilla en rojo. Después la liebre salta, corre haciendo zetas, trepa a la altura del alambrado, se escabulle por el potrero.

Podo el orégano, podo el tomillo, armo ramitos, los ato con piolín y los cuelgo boca abajo de un par de clavos en la pared. Calor de locos, desde la mañana a la noche, todo el día.

Cerca del aloe vera, debajo de la araucaria, encuentro la cueva de una culebrita amarilla y negra. Es un hoyito, nada más. Duerme ahí, enrollada. A veces saca la cabeza al sol. Se escabulle cuando me acerco.

Punteo y rastrillo. Preparo un pedazo de tierra y trasplanto unos pimientos. El calor no me deja seguir. El sol pega tan fuerte que no se puede estar en ningún lado. Me tiro boca arriba sobre las baldosas frías a tratar de dormir la siesta. Después voy a Lobos y compro una manguera de veinticinco metros, una cortina para las moscas, Raid, Fluido Manchester, más semillas. Al atardecer, leo bajo el roble, acostado sobre una loneta.

Por el camino pasa un hombre en bicicleta y pantalones cortos, pedaleando lento, contra el cielo de tormenta. Después truenos, pero muy lejos, apenas se escuchan. Y las nu-

bes que solo se mueven si uno está quieto y las mira fijo mucho rato. Parecen masas de pintura pesada, densa, remolinos de óleo que chocan, se entremezclan. No llega a llover y no refresca. Hace un mes que no llueve. El campo por completo amarillo, seco.

Sol a pique. Ese silencio del mediodía, cuando todo — viento, pájaros, insectos— se recoge y se aquieta a la espera de que el calor merme. Impotencia porque no llueve. Lo único que se escucha son mis pasos sobre la gramilla quemada, sobre la arenilla del sendero y la tierra suelta.

En la casa, crujen las chapas y la madera del techo. El campo cargado de electricidad en el calor mustio de la siesta.

Calor de enero que todo lo quema. Las hormigas se comen la acelga. Los pajaritos se comen el resto. No llueve y lo que nació se retuerce sobre sí mismo y se seca. Solo el maíz dulce que sembré para choclo parece resistir un poco. Riego con manguera lo más que puedo, pero me gana la desazón y el fuego. Cada mañana, algo parecido a la desesperación. Me repito una y otra vez que hay un tiempo para cada cosa. Un tiempo para la siembra. Un tiempo para la cosecha. Un tiempo para la llovizna. Un tiempo para la sequía. Un tiempo para aprender a esperar el paso del tiempo.

A veces, si yo me aburría o el viaje se hacía largo, mi abuela me contaba historias en el camino. La historia de un tío Giraudo, muerto hacía muchos años, que acostumbraba usar la punta del mantel como servilleta, y para no mancharse se la enganchaba en el cuello de la camisa. Una vez almorzaba en el hotel Viña de Italia, el hotel donde siempre paraba cuando viajaba a Córdoba, y vio pasar por la vereda, del otro lado de la ventana, a otro tío Giraudo, también

de visita. Se levantó apurado para llamarlo, feliz del encuentro y al levantarse arrastró con él al piso todo el mantel, las copas, la sopa, los platos, los cubiertos.

La historia de otro tío Giraudo, que estaba aprendiendo a manejar uno de los primeros autos que llegaron a la zona y se le hizo de noche en el camino. Venía con un hermano apenas más experimentado, que le daba instrucciones, las indicaciones que se le iban ocurriendo. De pronto vieron dos luces acercarse y el hermano le dijo que se hiciera a un costado porque venía un auto de frente. El tío Giraudo cedió el paso, se pegó a la banquina, pero resultó que lo que venía no era un auto, sino dos motos, una junto a la otra, cada una con su propio faro iluminando la huella.

Siguieron andando y un poco después, vieron avanzar una luz sola.

Un auto con una luz quemada, dijo entonces el hermano que hacía de copiloto y el tío Giraudo se bajó de la huella, esperó en la banquina y cuando la luz pasó a su lado resultó que no era un auto tuerto, sino una moto sola, con su único farol encendido.

El tío Giraudo no dijo nada, puso primera, retomó la marcha. No habían pasado ni diez minutos cuando otra vez vieron dos luces de frente.

¡Ahí vienen dos motos! ¡Paso al medio!, dijo el tío Giraudo dispuesto a no correrse un solo centímetro y así fue como chocaron de trompa con otro auto igual al de ellos.

Muchos años después vi el mismo chiste en una película de Buster Keaton, ¿habrá sido una coincidencia o habrá, alguna vez, llegado un proyector ambulante a Punta del Agua, a Perdices y proyectado películas en blanco y negro sobre una sábana en el patio de la iglesia? ¿Habría visto mi abuela esa película cuando era chica y de ahí se robó la anécdota?

¿O tal vez un tío Giraudó, los únicos que tenían plata como para viajar a veces a Córdoba, o a Rosario, la habrá visto allí en el cine y tomó la anécdota como propia y al volver se la empezó a contar a sus sobrinas?

Luces en la noche, autos y motocicletas. Películas mudas como en un sueño y un explotar de risas frente al golpe, lo deshecho, lo que se parte al medio.

Después el camino topaba con la estancia de Santa María, y doblábamos hacia la izquierda, por el camino grande, el camino de Perdices, también un camino viejo y profundo, caído hacia un costado, porque por una de sus cunetas corría un canal ancho que con cada tormenta traía agua desde el Espinillal, desde el Molle, desde Puente La Selva. El campo de Bocha Pignatelli, el campo de Gastaudo. Enseguida, como surgido de la nada, y siguiendo la línea de los postes de luz, se abría hacia la derecha un camino angosto. En la primera entrada vivían Juan Pancho y Juan Jorge, unos primos de mi mamá, sobrinos de mi abuelo. En la segunda entrada, doblábamos nosotros.

Llegar de noche, las luces de la camioneta barriendo los galpones, la glicina. Las luces de la camioneta contra la pared de la cochera, cada vez más chicas a medida que nos acercábamos, cada vez más reconcentradas sobre sí mismas. El silencio y la negrura del campo al apagarse el motor por completo. El fluorescente de la cocina, el tío Tonito —un tío soltero, hermano de mi abuelo—, que ya había cenado y ya se había acostado, pero nos había dejado la luz prendida.

Dormir en la cama de una plaza que había sido de mi mamá antes de que se casara, antes de que se mudara al pueblo. La cama contra la pared, bajo la ventana. Las sáb-

nas heladas, un poco húmedas. Temblar hasta que el cuerpo calentara las zonas donde se posaba. Quedarse quieto, evitar los rincones todavía fríos. Sentirlos apenas con la punta de los pies desnudos. Retroceder enseguida.

Dormir con medias. Dormir con jogging y camiseta. Ir a hacer pis en medio de la noche, sentir el frío de las baldosas atravesar la tela de mis zoquetes.

Las cosas en la oscuridad ya no existen. Durante la noche, es como si todo desapareciera alrededor. Solo existe la casa, el interior de la casa, sus paredes blancas. La casa flotando en lo negro.

Si prendo algunas de las luces de afuera —el farol junto a la puerta del frente, la lámpara de la galería o la de la puerta de la cocina—, el radio que las luces llegan a iluminar se incorpora a mi mundo. Miro por la ventana y, a la luz ambarina de las lámparas, veo tres o cuatro metros de grama chamuscada y después, la burbuja de luz se adelgaza y la oscuridad se vuelve materia, toma cuerpo.

En cambio, si no prendo ninguna luz, al asomarme a la ventana los ojos, acostumbrados a la penumbra, enseguida ven formas, contornos. Los eucaliptos y el roble son volúmenes negros contra el cielo de un azul profundo pero luminoso, con apenas un salpicado de estrellas. Si no hay luces prendidas que me distraigan, la oscuridad se vuelve diáfana.

Me siento en la galería, con la luz apagada para que no vengan los bichos, y repaso mis acciones del día. Tardé en ralear los rabanitos y ahora ya están grandes, con las hojas duras. La raíz, en lugar de enterrarse, ir hacia abajo y formar cabeza, se volvió un piolín largo y colorado, rastrero. Los sembré muy tupidos, y al voleo. La próxima vez habrá que sembrarlos en línea y ralearlos enseguida, cuando todavía